AÑO IX. 15 DE NOVIEMBRE DE 1877. NÚM. XXII.

# EL ESPIRITISMO,

REVISTA QUINCENAL.

Se publica en Sevilla el 1.º y 15 de cada mes.



## FRAGMENTOS DE DOS CARTAS.

(CONCLUSION).

10. «Que debe dejarse obrar al espiritista, seguro de que to»dos sus actos responderán á la caridad.»

La *caridad*, suele ser muy á menudo entre los hombres de todas las ideas el pretexto con que intentan encubrir su *conveniencia*.

*Caridad*, es, benevolencia en todos sentidos con nuestros semejantes; perdon de todas las ofensas, etc.; pero la *caridad* nada tiene que ver con la práctica de las creencias religiosas. Y si esta virtud se pretendiera hacerla intervenir en ello á título de que es caridad enseñar la verdad á quien la ignora, la caridad en este caso consistiría en no engañar á nuestros semejantes; en no confundir á nuestros hermanos dándoles una enseñanza en nuestra predicacion y otra contraria en nuestra conducta, y en dársela completa armonizando la una con la otra.

Por *caridad* no debemos ridiculizar las creencias de los que no piensan como nosotros; pero por *caridad* tambien, nos encontramos obligados á no ridiculizar nuestras creencias, tanto porque las consideramos verdaderas, cuanto porque pertenecen á todos cuantos con nosotros las profesan.

«Y quien cree una cosa y practica lo contrario se ridiculiza á sí »propio por su conducta, en su creencia.»

«Y quien predica una cosa y practica lo contrario, ridiculiza »ante el mundo en su conducta, la creencia que predica, y por »consiguiente á cuantos la profesan.»

Porque la honra ó el descrédito de una doctrina, se hacen estensivos á todos sus adeptos.

Si la caridad fuese *la obediencia á la costumbre*, como de las ideas emitidas por el Sr. Martinez se desprende, tan elevada virtud se trasformaría muy á menudo, segun los centros en que el hombre existiera, en todo género de absurdos y vicios. Porque por *caridad*, por no ofender las costumbres de nuestros semejantes, por adaptarnos á su manera de ser, por respetar sus creencias, por no *escandalizarlos*, nos veríamos precisados á seguirlos en todas sus prácticas, en todas sus manifestaciones, y seríamos, aunque solamente en apariencia, romanistas con los romanos, calvinistas con los protextantes, islamistas con los mahometanos, etc. En un círculo de murmuradores, murmuraríamos; en una reunion de egoistas apoyaríamos sus viciosos pensamientos, y en una sociedad de orgullosos aplaudiríamos la ley de castas y proclamaríamos la necesidad de privilegios.

Todo esto es un absurdo; todo esto es un error.

El *buen ejemplo* es una predicacion más fructuosa, si se quiere, que el discurso, y el *buen ejemplo*, que tambien es *caridad*, obliga las más de las veces á la singularizacion, puesto que reclama ostentacion de humildad en medio del orgullo; ostentacion de largueza en medio de la avaricia; ostentacion de templanza en medio de la irascibilidad; ostentacion de *verdad* en medio del *error*; ostentacion de *virtud* en medio del *vicio*.

Por lo demás, la mayoría de los espiritistas somos tan imperfectos como la mayoría de los que profesan otras creencias, y es una falsa opinion la del Sr. Martinez el creer *seguro que todos nuestros actos han de responder á la caridad*. ¡Ojalá que así fuera!.... pero desgraciadamente no es aún llegado el tiempo de que el Espiritismo produzca efectos tan grandiosos y generales, como nuestro hermano asegura.

No hay que vivir de ilusiones, ni tampoco por ellas ensalzarse; porque *la caridad*, repito, *suele ser muy á menudo en los hombres de todas las ideas el pretexto con que intentan encubrir su conveniencia*.

11. «Que no se publica la falta de una mujer, por caridad y »evitar escándalo.»

Esta es una verdadera caridad, y lo mismo debe hacerse con las faltas del hombre; pero esto nada absolutamente tiene que ver con el tema propuesto, que se reduce á saber si obra bien ó mal quien cree en una religion y practica la contraria.

12. «Que por no herir el sentimiento religioso ni producir es»cándalo en los observadores, se deben practicar las ceremonias »inherentes al culto que no se profesa y se rechaza.»

Este concepto se fundamenta en la *prudencia;* y la prudencia, que indudablemente es una gran virtud, consiste en saber aplicar la esperiencia y la razon á todos los actos de la vida humana para armonizarlos, *en cuanto posible sea,* al modo de obrar que es agradable á nuestros semejantes; pero deja de ser prudente *la prudencia,* y por consiguiente virtud, desde el instante en que, por ajustar nuestras acciones al agrado y beneficio de unos semejantes, se desagrada y perjudica á otros.

Pero áun esto, se refiere más lógicamente á los actos sociales, que á las manifestaciones de las creencias religiosas; pues cuando de estas se trata, el perjuicio de una idea, de una doctrina, de una escuela, determina el perjuicio de los principios de verdad que encierra; el perjuicio de los beneficios generales de su propagacion; el perjuicio del desagrado de todos sus adeptos, y el perjuicio de la dignidad propia del contemporizante; quien obrando en contra de su conciencia, incurre en los siguientes vicios:

Falta de veracidad.

Deslealtad.

Injusticia.

Ingratitud.

Hiprocresía.

Incurre en *falta de veracidad*, porque *mentir*, es hablar ú *obrar* contra lo que se piensa, y porque siendo su conducta contraria á sus ideas, engaña á sus semejantes con su conducta.

Incurre en *deslealtad*, porque falta á la consecuencia de sus principios, obrando de antitética manera que aquellos le determinan.

Incurre en *injusticia,* porque ejerce el poder de su libertad, faltando al deber social de la veracidad y á la consecuencia de sus principios, en perjuicio de una causa, y de un modo dañoso á sus

adeptos, quienes tienen el derecho de la dignidad y de la consideracion públicas, por el respeto de sus ideas.

Incurre en *ingratitud*, porque defrauda los derechos de respeto social de una doctrina, que es *su bienhechora*, ridiculizándola con su conducta ante la sociedad, en vez de ser reconocido y generoso con ella y corresponderle sosteniéndola á la altura más elevada de concepto público, áun á costa de sacrificios.

Incurre en *hipocresía*, porque incurre en falta de veracidad, manifestando en su conducta una cosa contraria de lo que en realidad siente.

El hecho que motiva este concepto, suponiéndolo inevitable, por sorpresa, que tal cosa casi nunca ocurre, y aceptándolo justificado por las forzosas circunstancias del momento, no concurre propiamente al asunto que se dilucida, por cuanto una cosa es la fuerza de las circunstancias, y otra la expontaneidad de los actos. Aquí se trata de justificar un hecho involuntario, ineludible, y no sirve de prueba la conducta que en él pueda observarse, para sentar jurisprudencia sobre los actos del mismo género que se busquen ó provoquen.

Quien no acepta cultos positivos; quien predica contra todo culto esterno, se encuentra en el deber de evadir todo compromiso que, por prudencia, ó por temor á los efectos de la ignorancia fanática, le obligue á hacer manifestaciones contrarias á lo que siente y á lo que predica; y dicho se está que es de su deber tambien el no asistir á ninguna exhibicion religiosa para no autorizarla, embellecerla ni solemnizarla con su presencia, ni solicitar, por consiguiente, en los actos de su vida que la ley social no se lo exija, ninguna ceremonia de esos cultos.

Quien busca y pide formulismo religioso contra sus ideas, no tiene escusa digna de justificacion; lo hace por *conveniencia propia*, sea del género que quiera, y su conciencia le acusará algun dia, si en el momento no le acusa, de utilitarismo é hipocresía.

13. «Que constituyendo la felicidad de un espiritista el matri»monio con una mujer la cual solo consienta desposarse por la igle»sia, debe someterse á esa fórmula religiosa que rechaza.»

Este concepto se encuentra en el caso del anterior: donde no existe expontaneidad, puede haber justificacion.

14. «Que el fin de todo es lo esencial, y que la forma es nada.»

Esta es, precisamente, la esencia de la máxima de Maquiavelo *«llegar al fin sin reparar en los medios;»* principio en que, sin duda alguna se fundamenta el *casuismo* de los jesuitas.

«El *fin* es lo que importa; la *forma* de conseguirlo debe sernos indiferente; carece de valor real; es nada.»

Por semejante principio, no debemos tener inconveniente en emplear el engaño, la mentira, la hipocresia, todos los vicios, en una palabra, con tal de conseguir nuestro objeto.

¿Queremos estar bien con Dios?..... Engañemos al mundo.

¿Queremos estar bien con el mundo?..... Engañemos á Dios?

¿Queremos estar bien con ámbos?..... Engañémosles á la par.

Supongo, fundadamente, que la intencion del Sr. Martinez no ha sido la que á primera vista, de su concepto se desprende; pero tal serían las consecuencias de la práctica de su principio, que califico por tanto de *inmoral*, y tambien, por las razones siguientes, de *anti-filosófico*.

Todo *fin* del espíritu, es, *naturalmente*, el bien y la felicidad. Dios.

El camino del bien, de la felicidad, de Dios, es la virtud.

La virtud, es la Verdad.

Todo sér que no marche por el camino de la verdad, no realizará su fin: más exacto; diferirá la realizacion de su fin, se estacionará en su modo presente por tanto tiempo cuanto aparte su paso del expresado camino.

Manifestarse en contra de lo que se predica, es viciar la verdad que se concibe, despreciarla, ridiculizarla, desprestigiarla, mistificarla.

Manifestarse en contra de lo que se cree y lo que se siente, es engañar, es mentir, es ejercer la hipocresia, ocultar la verdad, autorizar el error.

Practicar ámbas cosas ó una cualquiera de ellas, es practicar el vicio.

Practicar el vicio, es marchar por el camino del error.

El camino del error, es el camino opuesto al de la verdad.

Y dicho se está, que el camino del error no puede ser el que conduzca al hombre á la verdad.

Ni el que le conduzca al bien.

Ni el que le dirija á la felicidad.

Ni el que le aproxime á Dios.

Luego *los medios*, ó sean *las formas* empleadas por el hombre para realizar su fin, es lo importante, lo necesario, lo imprescindible, lo esencial.

Y esto es altamente lógico, por cuanto *los medios*, ó *las formas*, ó *la conducta*, ó *las obras* del hombre, son la más exacta manifestacion del *modo* de ser que le caracteriza, del grado de progreso que ha alcanzado, de la purificacion que ha conseguido.

Las *formas* manifestativas del hombre, ó sean sus obras, y sus hechos, constituyen los frutos de sus ideas, de sus creencias, de sus sentimientos, de su actividad, de su inteligencia y de su educacion.

La moral tiene su realizacion en los *hechos*, en las *formas*, y una moral sin realizacion no puede calificarse de moral.

El bien, en general, es práctico; todo lo práctico es manifestativo, y no existe manifestacion sin *forma*, porque no hay *hecho* sin manifestacion.

Todo fin, es consecuencia de los medios.

Todo fin, es resultado de las obras.

Todo fin, es producto de los hechos.

Todo fin, es fruto de la conducta.

Asi pues, la índole de los medios, el género de las obras, la clase de los hechos y el valor de las *formas* que el hombre emplea para realizar cada faz de su existencia, le conducen á *un fin* especial relacionado á los medios empleados, semejante á las obras practicadas, solidario á los hechos consumados, armonizado á la conducta seguida, ó lo que es igual, *homogéneo* á las *formas* adoptadas para alcanzarlo.

Luego la *forma* es el todo para el fin.

15. «Que se debe bautizar á los hijos, contra la creencia re»ligiosa de esa ceremonia, por no hacerles escepcion de la regla: »por no ser despreciado: por no tener el padre derecho á distin»guirles de los demás: porque con el bautismo no se les impone re»ligion alguna, y el padre ha de procurar oportunamente darles el »conocimiento de la verdadera.»

Aqui se encierra un solo concepto, tratado de justificar con cuatro razonamientos sofísticos. Examinémoslos separadamente; pero hagamos antes dos oportunas consideraciones:

*Primera:* Cuando el bautismo *romano* fuere imposicion legislativa y hubiese por tanto necesidad de justificarlo certificativamente para obrar efectos en las carreras, herencias, pensiones, etc., en

todos ó en cualquiera de los actos sociales del hombre, los ciudadanos, obligados en primer término al cumplimiento de la ley, no podrian ni deberian eludir esta ceremonia religiosa. Pero estando autorizada la inscripcion civil con iguales efectos para los mismos fines, dicha necesidad desaparece, y el padre queda en absoluta libertad de accion sobre este punto.

*Segunda:* Si entre los padres del recien nacido hubiere divergencia de ideas y de opiniones en la cuestion citada, y la ley social autorizase como buenos ámbos procedimientos, lo equitativo y lo justo seria prodigarle el bautismo y la inscripcion; porque iguales deberes y derechos tiene para los hijos, en asuntos morales, el padre que la madre.

Tal es nuestra opinion.

Pero ahora no se trata de ninguno de estos casos, sino de aserciones especiales que á nuestro modo de ver carecen de verdadera justificacion.

Discurramos sobre ellas áun cuando sea someramente.

«Se debe bautizar á los hijos contra la creencia de esa ceremo»nia, por no hacerles escepcion de la regla.»

Es decir, que estamos obligados á obrar como obre la mayoría, solo por *no singularizarnos*. Esta no es razon justificativa, ni en buena lógica aceptable. Ya hemos manifestado en otro lugar la necesidad de la *singularizacion* para enseñar la verdad *con el ejemplo* y armonizar la creencia con la manifestacion. Mas semejante razon, si por acaso lo fuere, no estaría autorizada en boca de quien apartándose de la regla general profesa otra creencia, *la proclama muy alta*, y se constituye por lo tanto en *escepcion;* y mucho ménos aún, en la de quien, conociendo que la regla general es la profesion del error, proyecta *procurar oportunamente darle al hijo* que bautizó *el conocimiento de la verdad:* es decir, enseñarle á rechazar esa misma ceremonia que antes en él practicó, y demostrarle el error de todas las manifestaciones religiosas en que no cree ni siente. En una palabra, procurará hacer *escepcion de la regla*, al hijo que poco ántes no quiso esceptuarlo de la regla.

Esta es una patente contradiccion: veamos si puede fundamentarse en algo lógico.

La edad del niño y su manifestacion intelectual, son los únicos motivos en que el Sr. Martinez pudiera pretender justificarla; pero sin resultado favorable.

La singularizacion hecha en el niño, implica ménos importancia que la singularizacion hecha en el párvulo ó en el adulto, y sus consecuencias sociales son de más pequeña consideracion. En el niño, que áun carece de aptitud orgánica perceptiva y manifestativa, no tiene efectos sociales (para él) la singularizacion. Es decir, que no pueden afectarle las manifestaciones de la befa ni del ridículo, y si estas recaerian sobre quien le hubiere distinguido de la regla general, que seria el verdaderamente singularizado ante la sociedad.

Luego más bien que por dejar de esceptuar al hijo, será por no esceptuarse el padre.

Dicha escepcion será *intentada*, sin embargo, *oportunamente* en el hijo, y lo será precisamente cuando se encuentre en aptitud de apreciar y de afectarle las vulgares manifestaciones de los intransijentes y fanáticos que por ello intenten, en su ignorancia, ridiculizarle.

Luego la índole ó el fondo del expresado concepto, no es aplicable á tratar de evitar la *escepcion* ni sus efectos en los hijos, sino por el contrario tiende á eludir la *escepcion* y sus efectos en los padres.

«Se debe bautizar á los hijos, contra la creencia de esa ceremonia, por no ser despreciado.»

¿Para quién se teme aquí el desprecio?... ¿para el padre ó para el hijo?

Para el hijo no puede ser, por cuanto al niño no le afecta el desprecio social, y para cuando pueda apreciarlo se le prepara á *merecerlo*, (por la ignorancia que así juzgue) *procurando* singularizarlo dándole el conocimiento de la verdad.

Luego el *desprecio* que se trata de evitar y por qué se teme, será el en que pueda *incurrir*, (para la ignorancia que así juzgue) el padre, que se hace *escepcion de la regla*, al no seguir la general de bautizar á sus hijos.

«Se debe bautizar al hijo contra la creencia de esa ceremonia, por no tener el padre derecho á distinguirlo de los demás.»

¡Que un padre no tiene derecho á distinguir á su hijo de los demás!..... Para lo único que el padre carece de derecho sobre sus hijos, es para perjudicarles en cualquier sentido que sea; pero posee el deber imprescindible de beneficiarlos en todo cuanto le sea posible.

Todo padre tiene el deber de amar á sus hijos, y consecuentemente el de educarlos en la verdad y la virtud. Asi pues, todo padre tiene el deber de procurar *distinguir* á sus hijos en el bien y en la verdad de cuantos desgraciadamente se encuentran en el vicio y el error.

Nos hemos referido á las *distinciones* que afectan á la educacion, porque el sentido del concepto que respondemos, pudiera querer considerarse como general. Mas, particularizándolo al hecho del bautismo, solo diremos lo siguiente, que es incontestable: «*El padre tiene el derecho de no bautizar á sus hijos, cuando la ley so-»cial se lo concede*, sustituyendo dicha ceremonia religiosa con la inscripcion civil ú otra cualquiera que las instituciones determinen.»

Cuando la legislacion marca como único procedimiento legal para el caso, el bautismo religioso, ya lo dijimos antes, y ahora lo repetimos: «no se puede motejar al padre que *contra sus creencias* hace que se bauticen á sus hijos. «Porque lo único que se rechaza y se condena es la expontaneidad de estos actos.»

Luego, en el primer caso, la razon es sofística; en el segundo innecesaria, é inconveniente en ámbos.

«Se debe bautizar á los hijos contra la creencia de esa ceremo-»nia, porque con el bautismo no se les impone religion alguna.»

Sobradamente es sabido, porque la esperiencia asi lo enseña, que la idea no se impone con ceremonias, ni coacciones, ni amenazas, ni castigos; pero siendo el bautismo una manifestacion religiosa, su expontánea práctica implica en el padre profesion de su creencia, y determina, hasta si se quiere, aspiracion á que el hijo que bautiza la profese. Esto, cuando no ha habido exhibicion contraria; que de haberse manifestado rechazando dicha ceremonia por *no creer* pueda obrar efecto alguno en el espíritu ni en la materia, entonces... solo puede en justicia suponerse que su práctica obedece al *temor paternal* de singularizarse, al *miedo* del ridículo social, ó á otro cualquier género de *conveniencia personal*, por más que esta trate de encubrirse bajo pretexto de *no querer ofender las agenas creencias*; escusa que, si bien pudiera haber quien la tomase en consideracion por superficialidad de raciocinio, nadie que la analizara con el frio escalpelo de la razon la aceptaria como buena ni admisible.

En efecto, nadie puede ni debe ofenderse porque otro no piense ni obre como él.

El conocimiento de la verdad es progresivo en el hombre, y por consecuencia nadie puede jactarse, á ménos que no sea un insensato, de poseer la verdad absoluta, ni negar que exista quien pueda poseer mayor grado de verdad que el que él conoce.

Así, pues, si hay quien se ofenda porque otro piense y obre de distinto modo, es porque se encuentra caracterizado por la ceguedad del orgullo y la ignorancia.

Esto mismo le ocurrió á Jesús en sus predicaciones contra el error; y cuando sus discípulos le participaron que los fariseos *se ofendian* de su palabra, les responde: «*Dejadlos: son ciegos guías de ciegos; y si el ciego guiare al ciego, ambos caerán en el hoyo.*» (1) Ó lo que es lo mismo: «no hagais caso de ellos; *se ofenden* por su ignorancia y por su orgullo; y si por temor ó por condescendencia á su injusto enojo abandonásemos nuestra predicacion, produciríamos un gran perjuicio social; porque ellos continuarian conduciendo al pueblo, y seguramente lo harian caer en la profundidad de sus errores.

La ofensa cabe en el hombre, cuando en algo é intencionadamente se le perjudica; pero así como ninguno se dá por ofendido porque otro participe de diferentes gustos y aspiraciones, tampoco debe resentirse su amor propio porque otro piense y obre de distinta manera.

Si la diferencia de gustos, aspiraciones, creencias y procederes, en lo que no afecta perjuicio de tercero, fueran causa legítima de ofensa, caracterizándonos á cada individualidad un *modo de ser* distinto, todos los miembros de la sociedad estaríamos constantemente ofendidos.

Esto es absurdo.

Podria ofenderse al hombre en sus creencias, cuando se ridiculizasen y tomáran en sentido de befa; pero como ni para predicar, ni para discutir, ni para creer, ni para practicar hay necesidad de ridiculizar ni de mofarse de ninguna idea, de ninguna creencia; puede predicarse, discutirse, creer y obrar difiriendo de los que nos rodean, sin inferir ofensa á nadie.

En resúmen: los hijos no suponen realmente nada en los citados casos, y solo son un pretexto para encubrir una conveniencia ó una debilidad.

---

(1) Mat. XV, 12 y 14.

No atribuyo tal intencion al Sr. Martinez; pero sí falta de premeditacion, y exceso de alucinamiento.

El temor al *ridículo social* tiene retraidos y asustados á muchos débiles de voluntad y tibios de carácter, sin tener en cuenta tanto que es un ilusorio fantasma que al pretender analizarlo se desvanece como el humo, cuanto que la profesion de la verdad, enmedio del error, exije un valor moral y una frialdad de razon á toda prueba.

El conocimiento de la verdad es un beneficio inmenso que prodiga Dios al hombre, y justo es que éste, en reconocimiento, le dedique algun pequeño sacrificio para alimentarla y esparcirla entre sus hermanos.

La verdad en el hombre es luz divina, y *no se enciende una antorcha para ponerla debajo del celemin, sino donde á todos les alumbre.*

El *Espiritismo* es la verdad relativa más elevada que la humanidad conoce; la luz más pura é intensa que á través de los siglos ha descendido del cielo hasta los hombres, y los espiritistas tienen el deber de hacerla brillar *en todo su esplendor* delante de sus semejantes, *sin temer por ello á los que puedan matar el cuerpo,* como aconseja Jesús, ni mucho ménos á los nécios motes de la ignorancia y á los injustos calificativos del orgullo, como prescriben la sensatez y la prudencia.

Afortunadamente ya no hay que temer las iras del fanatismo religioso que tantas víctimas ha inmolado en nombre de un Dios misericordioso y de bondad; y los que no dudamos de las promesas evangélicas sabemos que *Bienaventurados son los que padecen persecucion por la justicia* de la verdad, así como los que *fueren maldecidos y calumniados* por la misma causa.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Termino, pues, y resumo en esta forma que mi conciencia me dicta:

La obra, debe ser el fruto de la creencia.

La obra, debe ser la manifestacion del sentimiento.

La obra, debe ser la armonia de la voluntad y la razon.

La obra, debe ser *la verdad del hombre.*

Y la verdad del hombre, es su libertad, es su belleza, es su dignidad, es su virtud.

Quien obra antitéticamente á como cree y á como siente, practica la mentira.

Y la mentira del hombre, es la corrupcion de su creencia, la disimulacion de su sentimiento, la desarmonía de su justicia, la esclavitud de su voluntad, la fealdad de su conciencia, el egoismo de su derecho, la falta de cumplimiento de su deber, la práctica del mal, la obra del vicio.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Suyo siempre, etc.

M. GONZALEZ.

# FISIOLOGIA UNIVERSAL.

# EL SECRETO DE HERMES,

POR LOUIS F....

TRADUCCION DE F. M.

## SEGUNDA PARTE.

## LEYES FUNDAMENTALES.

### OBSERVACIONES GENERALES.

*(Continuacion).*

### VII.

### EL INFINITO.

Hay verdades palpables cuyas deducciones en su total desarrollo no podemos seguir. Hay tambien otras, en apariencia contradictorias entre sí, cada una de ellas cierta sin embargo, que no se alcanzan «sino en las profundidades á donde jamás llega el espíritu humano.» ¿Es esto una razon para desconocerlas cuando se nos presentan con evidencia, para no interesarnos fielmente por su estudio hasta el límite que nos sea dable seguirlas?

Ya lo hemos dicho, Dios es el sér absoluto. Su substancia es infinita y eterna, de una infinidad y de una eternidad absoluta.

---

Dios no está contenido en nada, y lo contiene todo. Está más allá de uno y otro lado del infinito, por todas partes, y sin embargo está totalmente en cada uno de los puntos de la estension. Está ante y sobre la Eternidad que envuelve, y no obstante está totalmente en cada uno de los puntos de la duracion.

---

Su infinidad se llama *ubicuidad*. Su eternidad, es la *simultaneidad*. La ubicuidad y la simultaneidad no son en el fondo más que una misma y sola cosa, ó más bien son el doble aspecto del mismo atributo esencial, absoluto, constituyendo la plenitud del sér, y que puede llamarse la omnipresencia.

---

No podemos concebir la infinidad y la eternidad absolutas, cuya necesidad no obstante sentimos. No podemos áun comprender la infinidad y la eternidad relativas. Lo infinito para nosotros es la estension ilimitada; la eternidad para nosotros es la sucesion indefinida.

---

Imaginemos una linea y supongámosla prolongada por uno de sus estremos, siempre y constantemente, sin ningun límite. Hé ahí para nosotros un *infinito*, es decir, una estension ilimitada, *y que no puede finalizarse*, por cuanto hay espacio siempre para una nueva prolongacion.—Hagamos lo misno con el otro estremo de la línea, prolonguémoslo: hé ahí ahora un infinito. Sobrepongamos una segunda, una tercera líneas paralelas y sucesivamente, y prolonguémoslas indefinidamente, y tendremos una série de infinitos. En vez de líneas, tomemos planos, infinitos en todos sentidos, y despues sobrepongámoslos hasta lo infinito: la reunion de infinitos que hemos tratado de imaginar no es ni áun un punto en el *infinito*.

Nuestra imaginacion se detiene ante los ilimitados horizontes de este. El infinito es un abismo en que nuestro espíritu se pierde. Y hasta ahora lo que nos esforzamos en concebir, no es la sus-

tancia infinita, absoluta y creadora, sino lo infinito relativo y creado.

---

Qué es ese infinito que no tiene ni centro ni estremidades? Qué contiene en los abismos sin límites de sus espacios? Solo Dios lo sabe plenamente. La astronomía ha descorrido el velo de las primeras capas atmosféricas más próximas á nuestro planeta, y el deslumbrante esplendor de este imperceptible lado del infinito ya nos arrebata de entusiasmo. Sí, los cielos enarran la gloria de Dios, ellos la relatan, pero en las ilimitadas profundidades del eter. Los mundos, cuya pluralidad han negado Santo Tomás de Aquino y toda la teología, no son solamente muchos, existen en número infinito. Pueblan la inmensidad. «Ese empireo, dice Juan Reynaud, conceptuado de formar al rededor del mundo una indefinida envoltura de nubes y de luz, y cuya imágen se pretende buscar en la atmósfera que rodea la tierra, solo es un fantasma de la imaginacion de nuestros padres. Al otro lado de los últimos soles que nos permiten descubrir nuestros telescópios, hay todavia soles, y siempre de abismo en abismo, soles y más soles. Ellos son las verdaderas nubes y los verdaderos luminares del cielo; y variados al infinito por su forma, su tamaño, su brillo, su riqueza, su poblacion, flotan innumerablemente en el éter. Nuestra fuerza visual no puede notar el acrecentamiento que el número de los nuevos ástros que se nos ofrecen marca sobre el número de los que descubriamos antes. Los millones se acumulan sobre los millones, y la induccion nos arrastra á concluir que la multitud sería infinita si nuestra vista fuese capaz de alcanzar á lo infinito. No es en el universo donde existen los límites, es en nosotros; nuestra imperfeccion únicamente es quien los ocasiona.»

---

El escritor que así se espresa, esclama más adelante en magnífico lenguaje: «Y os pregunto; cuando aún la astronomía, por sus revelaciones diarias, no nos obligaba á elevarnos á idéas más sublimes acerca de la constitucion del universo, no serían bastante para decidirnos á ello los progresos de la geografía? A la vez que la astronomía no cesa de dilatarnos el cielo, la geografía no para de reducirnos nuestro mundo. La edad media ha podido contentarse con esta tierra: inesplorada, perdida en la onda, sin más límites

aparentes que un océano desconocido, cuajada de fábulas y de misterios preséntase entónces á las imaginaciones como una especie de inmensidad! Pero, para nosotros hoy, qué es la tierra? Un globo que hacemos girar, por decir así, en nuestras manos, sobre el cual corre á voluntad nuestro compás; de quien hemos casi apurado todo detalle; que desproporcionado desde ahora para la ambicion de nuestros viajeros, no será pronto más que un jueguete para los turistas; fuera del cual, en una palabra, nuestro espíritu, ganoso de descubrimientos, arde en deseos á cada instante por lanzarse á recorrer los abismos del cielo. Consideremos esta mezquina máquina, y al mismo tiempo, si podemos, la magestad de Dios: juzgarémos que un objeto que apenas nos parece digno de nosotros, haya sido hecho para concentrar y satisfacer las miradas del Sér infinito? Creeremos que semejante obra sea bastante magnífica para haber ocupado en ella sola, de toda eternidad, el pensamiento del Creador, y determinado, por su atractivo, este supremo poder salir de su quietud? Imaginaremos que un plantel tan limitado le ponga bajo su vista tantas almas como llama su inextinguible bondad, ó que una administracion, de que nos estimariamos por decirlo así capaces, sea suficiente para satisfacer sus deseos y tener en espectativa su prodigiosa providencia? Si la tierra para nosotros es poca cosa, qué es pues para él? Dios reducido al gobierno de la tierra, es Dios despojado de las sublimes vestiduras en las que le plugo envolver de todo tiempo, por la creacion del Universo, su inefable esplendor; es Dios puesto en contemplacion ante un grano de arena caido un dia de sus manos en medio de los vacios infinitos; es Dios ofendido, me atrevo á decirlo, en su carácter infinito de Creador, y, como entre los idólatras, hecho groseramente á semejanza del hombre.

---

Más adelante, tras haber recordado la estructura del mundo, tal como la ignorancia de la edad media se la figuraba, la tierra en el centro, encerrando en sus profundidades los limbos, el purgatorio y el infierno, despues esas envolturas concéntricas compuestas de tres cielos, de los que el tercero se subdivide en ocho esferas, prosigue Juan Reynaud: «Qué queda hoy de esta fabulosa máquina! La astronomía moderna (hay necesidad de recordarlo?) la ha dastrozado cruelmente. Ha volado en mil pedazos esas gro-

sera bóveda, ha disipado las aguas depositadas en ellas, ha esparcido por toda la estension del espacio el adorno de estrellas que se habia prendido á sus paredes, y, cosa más maravillosa aún, ha trasformado en tierras y soles esos centellantes adornos. La tierra, libertada de sus quiméricas envolturas, ha sido de un golpe desposeida de la posicion central que la impericia de nuestros padres le hiciera usurpar. La enfermedad de nuestra vista ha desaparecido como por encanto, y hemos descubierto, elevando los ojos hácia el cielo, un espectáculo magnífico, en medio del cual habian venido viviendo los hombres sin tener de él idéa. El Universo se ha conmovido y transfigurado. Nos hemos apercibido que en vez de permanecer inmóvil, el mundo que habitábamos flotaba en la extension; al echar una ojeada en derredor nuestro, hemos visto otros mundos semejantes á la Tierra, calentados é iluminados por el mismo Sol, navegando merced á él, y hemos apreciado sus dimensiones, estudiado la duracion de sus dias y sus noches, calculado hasta el peso de su sustancia; no nos ha faltado más que hallar el medio de ponernos por signos en relacion con ellos, y podemos imaginarnos sin desvariar que nuestra posteridad sabrá tal vez un dia conquistarlo. Las estrellas, trasformadas en soles, se han apartado de nuestros ojos confundidos por tantas grandezas, hasta donde no es dable alcanzar á nuestro compás; los más rápidos móviles de que en la tierra disponemos, nuestras balas de cañon, que no parecian marchar como el pensamiento, necesitarian millares de años para llegar á las más próximas. No sabriamos contarlas; cuanto más penetramos en el espacio, más en él descubrimos, y, dado el límite de nuestro horizonte, solo séres más hábiles que nosotros serian capaces de pasar exactamente revista á la inmensa armada que entrevemos. Qué de innumerables variedades no presentan esos mundos, apartados los unos de los otros por distancias que nuestro espíritu puede tratar de decir, pero que no le es posible comprender, y en medio de los cuales nuestra tierra, áun uniéndose á los mundos de su compañia, desaparece como oscuro ciudadano entre la poblacion de un imperio? Qué de desigualdades posibles en sus dimensiones hasta esos globos, en cuya superficie nuestro mundo rodaria, llevado por el viento, como un grano de arena! Qué de diferencias de uno á otro en el régimen de los agentes materiales, en los fenómenos de la luz, de la electricidad, del calor y de tantas otras afecciones del éter para los cuales

los de aquí estamos tal vez ciegos! ¿Cuáles son las condiciones de existencia que á sus habitantes ofrecen esos millares de albergues? ¿Bajo qué aspecto se nace allí, en qué costumbres se vive y bajo que formas? ¡Qué de variedad bajo la influencia de esos lejanos soles, en las personas, en los gobiernos de las sociedades, en la estension y rapidez de los adelantos y de los inventos, en las revoluciones seculares de la historia! Qué vanidosos somos, pensando no tener necesidad, para conocer la historia del universo, más que de conocer la nuestra!»

---

Qué horizonte y qué problemas! No nos resistimos al deseo de citar aún una página de este hombre de génio, Juan Reynaud, que nunca será bastante meditado: «Ah! bien me explico la irritabilidad de la edad media contra Galileo! Es una chuscada del siglo diez y ocho no haber visto en ese solemne debate más que el milagro de Josué. Bajo el tema de la inmovilidad del sol, ocultábanse otras cuestiones. El globo terrestre dejando de ocupar el centro y de formar el punto de mira de todas las partes del universo; el globo terrestre puesto en movimiento en el espacio en la mismas condiciones que los globos planetarios; trastorno de todas las ideas, ese globo teniendo en lo sucesivo semejantes! ¿Dónde se imaginará ahora el paraiso y el infierno? Se vivia tan sosegadamente en el edificio de la creacion tal como se le habia comprendido hasta entónces! En medio, el mundo de las pruebas; arriba, el teatro de las recompensas; abajo, el de los castigos. Algunas veces hánse complacidos por malignidad en comparar este sistema á una casa cuyo piso bajo estaba destinado para talleres, el primer piso para salones, y los sótanos para los hornillos de los demonios; pero era justamente la excesiva simplicidad quien le daba mérito. Un cuadro tan familiar hallaba completa acojida en todas las inteligencias. Cada uno veia el lugar de su gloria ó el de su suplicio tan claramente como el de su existencia presente; el primero en las alturas del cielo; el segundo en las ardientes profundidades de la tierra. Este sistema tan criticado hoy y tan digno de serlo en efecto, no era, sin duda, más que un símbolo, pero, como todos los símbolos, comunicaba á las almas, bajo una forma imaginaria, un sentimiento sólido y verdadero. Hé ahí lo que amenazaba la empresa de Galileo. Toda esta andamiada va á desplomarse, y con qué ob-

jeto? podia decir la Iglesia. Para satisfaccion de un indiscreto y pueril curiosidad. ¿Quién no debia presentir á dónde conducia semejante tendencia? Despues de haber conmovido por las observaciones cientificas la teoria del Universo, no era natural que al ceder á la impulsion de los mismos principios, el espíritu humano se inclinase sobre la teoria de la sociedad y de la religion para someterla igualmente á los cálculos de una comprobacion metódica? De seguir el astrónomo deteniendo audazmente el sol, todo un mundo aparecia pues en el horizonte, en confusa perspectiva, enturbiuda, tempestuosa; y en medio de las nubes acumuladas sobre los primeros planos y ocultando los vivos resplandores. De este nuevo cielo, era permitido á los representantes de las ciencia ne las almas alarmarse de las consecuencias lejanas y desconocidas de una revolucion semejante en la ciencia de los astros.»

---

Si, era permitido alarmarse de las consecuencias inmensas de esta revolucion cientifica; pero la negacion de lo que es no le quita serlo. Es preciso que la verdad se abra paso; y, si se la comprime, estalla.

---

Y, de la verdad una vez conocida, se desarrollarán sus consecuencias con la magestad y la fatalidad de las fuerzas naturales. El espíritu humano está en ello comprendido. La verdad todo lo subyuga á su paso: lo que se resiste es forzosamente arrastrado.

---

En vano se atrincheran detrás de sendas escusadas. Inútilmente, forzados á conceder la existencia material de innumerables mundos, echan mano de sofismas como este: «Pero quién os dice que estén habitados?» La razon inflexible responde: Qué! estaria el infinito lleno de mundos inútiles! Todas esas esplendidas moradas estarian deshabitadas! Ah! permitido es al hombre equivocarse; pero nosotros no admitimos que, antes que rendirse á la evidencia, su temeridad y su ceguera puedan llegar hasta suponer á Dios ilógico y falto de razon!

Es preciso seguir el camino de la razon y creer que todos los mundos están, han estado ó estarán poblados de séres inteligentes, sensibles y libres, séres hechos á imágen de Dios, cuya orga-

nizacion física y grado de adelantamiento moral é intelectual pueden variar al infinito, permaneciendo todos fieles á la unidad fundamental.

---

Esos séres superiores que habitan la inmensidad, forman lo que llamaremos la *gran familia humana*, lo que podríamos llamar no ménos justamente la *gran familia angélica*. Angeles ó hombres, segun el grado de adelanto, son todos hermanos. «Los ángeles, se ha dicho, no son sino nuestros hermanos primogénitos.»

---

El hombre es el embrion del ángel. Tiene para desarrollarse, para alcanzar á los más sublimes grados angélicos, el infinito y la eternidad. Y, «como el infinito del tiempo responde al desorrollo infinito, la infinidad de la estension responde á la diversidad infinita de las condiciones de existencia.»

---

El alma humana, arrancando del último grado de la inferioridad, y por consiguiente desde lo más bajo de la escala de los mundos, se eleva poco á poco de progreso en progreso, en la gerarquía espiritual, desde luego en el mismo mundo, despues en un mundo más adelantado. A medida que se eleva, vé y comprende más. Su dicha crece relativamente. Al llegar á distinguir claramente lo que está por bajo y por encima de ella entrevé siempre nuevos explendores; y siempre siente la necesidad de engrandecerse más para merecer y participar de ellos. Y asi de mundo en mundo, de grado en grado, recorre el alma durante la eternidad la infinita y sublime gerarquía. La escala ascendente nos parece infinita: porque por léjos que arrojemos la epuracion y el desarrollo, hay siempre entre el hombre, entre el ángel y Dios un abismo infinito, siempre el mismo, porque ninguna proporcion puede establecerse de lo relativo á lo absoluto, de la criatura al Creador.

---

Y mientras que el hombre y la humanidad van siempre elevándose de mundo en mundo hasta el estado angélico, donde continuan aún elevándose, progresan al mismo tiempo bajo las irradiaciones de arroba, los mundos y los grupos de mundos en la me-

dida de su importancia elemental, completándose los unos á los otros y equilibrándose en el infinito. Inclinémonos ante este verdaderamente engrandecimiento de las cosas! Admiremos la inmensa selidaridad que une los mundos entre sí, y que es la armonía moral del universo.

---

Pero ¿qué estado angélico es este, se dirá, en el que siempre se progresa? Y dónde principia? Hé ahi una cuestion de palabras á la que tenemos en poco, una cuestion relativa. Para nosotros, habitantes de la tierra, colocamos el límite en el punto en que nuestros sentidos dejan de percibir los elementos del cuerpo de los Espíritus superiores. Pero esos mismos que consideramos como ángeles deben, en razon de sus percepciones incomparablemente mas sutiles, ver por cima de ellos perspectivas de perfeccionamiento tambien ilimitadas, pero de más en mas espléndidas. Solamente, percibiendo tambien lo que está por debajo de ellos, disfrutan de la distancia recorrida.

---

No es eso todo. A medida que el alma se eleva, que su inteligencia se esclarece, que su sensibilidad se desarrolla, que su voluntad se ensancha en pureza y poderio, su figura en la creacion se engrandece en la proporcion misma. Ella participa cada vez más en la aplicacion de las leyes morales, y, de una manera general, en el gobierno de los mundos desde luego inferiores, despues cada vez más elevados, segun la promesa contenida en las divinas palabras: *«Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuistis fidelis, super multa te constituam! Intra in gaudium Domini.»*

---

Se desea conocer por completo nuestro pensamiento? A cierta altura que, para nosotros se pierde en el infinito, el alma, quedando provista de órganos cuya tenuidad enteramente insensible, áun para nuestra imaginacion, no es comparable más que á su inmenso poder, deja de estar sometida á la encarnacion. Sigue desarrollándose indefinidamente, pero por un progreso continuo y sin estar sujeta á las vicisitudes del nacimiento y de la muerte. Entónces es cuando principia el estado angélico propiamente dicho.

---

Pero volvamos á descender de esas vertiginosas alturas donde se desarrolla el horizonte sublime de nuestros destinos, y vengamos á lo que nos toca más de cerca, á la humanidad terrestre y al globo que habitamos.

*(Se continuará)*

De nuestro muy ilustrado cólega «La Ley de Amor» revista que se publica en Mérida de Yucatan copiamos el siguiente artículo.

# ESPIRITAS, A LA OBRA.

Hemos llegado á una época eminentemente práctica: la sociedad hastiada de *teorías* pide á gritos *resultados*. Hoy el lenguaje de los hechos es el único capaz de llamar la atencion de la generalidad. Por eso nos dirigimos, á nuestros hermanos en creencias, á los progresistas todos, á los que aman á Dios en espíritu y en verdad y con sincero afecto les decimos:

«Hermanos, despertemos del letargo y levantémonos; los nacarados tintes de la aurora se dibujan ya en el horizonte anunciando el nuevo dia: el sol de la verdad vá á presentar su luminoso disco inundando nuestro planeta con sus destellos; levantémonos para saludar la primera mañana del reinado del espíritu; para cumplir los deberes anexos á esta época de transicion: las tinieblas de la noche de la ignorancia comienzan á disiparse: A LA OBRA PUES! El reinado del amor se aproxima, y el materialismo apresta contra él sus últimos combates. ¡Ay de los frios, ay de los perezosos, ay de los cobardes, porque sucumbirán en la lucha!

Nuestro corazon alienta la esperanza de que han de oirnos los hombres de buena voluntad, los verdaderamente progresistas, y dándonos fraternalmente las manos, marcharémos decididos á cultivar el terreno en que plugo á Dios colocar á cada uno. Las faenas están sábiamente repartidas, todas son adecuadas á las fuerzas del individuo; nadie hay tan débil, ni tan pequeño, que no pueda concurrir á la obra.

¿Qué obra será esta? *La Redencion de la humanidad* iniciada por Jesus, y sancionada por él mismo en el Calvario con la más sublime abnegacion, pero que despues de diez y ocho siglos, aún per-

manece estacionaria ¡todavía no tiene cumplimiento en la mayoría de los hombres!

¿De cuál redencion se trata? ¿Será de aquella que pretende lavar los pecados con la sangre del justo? ¿De aquella en que el inocente fué sacrificado por los culpables para aplacar á un Dios de iras? No! se trata de la redencion *por el amor, por la caridad*, de aquella que viene á quebrantar las cadenas del materialismo que esclavizan al hombre en su parte sensible, el corazon, con los goces materiales, con los intereses efímeros. ¡Ay! el culto al *oro* ha usurpado la adoracion que solo debe rendirse al DIOS DE AMOR Y DE BONDAD convirtiéndola en culto idolátrico al dios *de cólera y venganza*.

¿Y cómo se podrá verificar esta redencion? Muy sencillamente: combatiendo la ignorancia elemento vital del sensualismo, foco de los males y desgracias que apestan á la sociedad. Para ello forzoso es á cada cual tomar á cuestas su cruz de penalidades y trabajos, y penetrar al campo mismo de la ignorancia para encender allí la llama de la verdad, ilustrando el entendimiento y sembrando en los corazones el gérmen de la virtud. Redencion que debe hacerse no tanto con la palabra cuanto con el ejemplo; nada vale hoy la enseñanza meramente teórica. El indiferentismo, absorve la vida de los pueblos; el escepticismo corroe los resortes sociales; el amor al oro se cobija á la sombra de las religiones, y para combatir tan grande mal no existe otro lenguaje posible que el de los hechos; solo sobre estos puede encarrilarse el progreso de los pueblos.

Espiritas! ¿Creeis por ventura que nuestra mision se limita á formar círculos de estudio ó de evocaciones para encastillarnos entre sus estrechos límites? ¡Oh, no! Nuestra doctrina es eminentemente práctica; quien acepta sus principios debe aceptar sus consecuencias, ajustando su vida á sus preceptos. Tarea penosísima al principio, es verdad, porque harto difícil es destruir los hábitos inveterados, soportar con calma los tiros de la malevolencia, afrontar la risa burlesca del incrédulo, beber el acíbar de la intolerancia; pero ella es llevadera despues de los primeros triunfos, y viene al fin á inundar la vida de dulces emociones, porque infunde en el alma la esperanza, la paz en el corazon.

El espirita meramente teórico, ó no comprende la doctrina, ó está ofuscado por su luz, ó su alma débil y enfermiza carece del emple necesario para soportar los sinsabores anexos á la lucha con

la materia, y no acierta á prescindir de las conveniencias mundanas, ni es capaz de confesar en público una creencia tan calumniada, tan vilipendiada, ni ménos de afrontar impasible el ridículo con que se la pretende herir. Olvida que el espiritismo, como el cristianismo, son la síntesis del movimiento perpétuo hácia el progreso, que el que se estaciona en la teoría no es espirita, no es cristiano, pues nunca puede serlo el perezoso que se arredra por las zarzas del camino, ni el que pretende pasarlo transportado sobre rieles de oro, creyendo ganar el cielo por medio de apoderados que hagan preces por él al Sér Supremo, ó comprando indulgencias ilusorias. Tampoco lo es el que en vez de tomar su cruz para *marchar* se entretiene en dorar las rejas de su prision, en cubrirse con vistosos oropeles, y en fabricar soberbios palacios sobre la arena de la fé ciega, que solo le servirán para amontonar escombros en su camino y hacerle más fatigosa la jornada....

El espirita que no se decide á sacudir la lepra del egoismo, á sacrificar parte de su tiempo, de sus conveniencias, de sus recursos para hacer el bien al prógimo, que permanece frio ante la ineludible ley del progreso que es el alma, la vida de la creacion, ¿cómo calificarlo? ¿No se confunde entre las filas de los que, dormidos en brazos del indiferentismo, confian en las absoluciones de última hora? El espirita sincero, nunca vacila, en todos sus actos manifiesta su amor á Dios y al hombre, sabe que todos los minutos de su tiempo están contados, y que le pesará en el porvenir uno solo de ellos mal empleado. Afronta sereno las contrariedades, y nunca olvida aquellas palabras del Maestro, fuente perenne de consuelo: «Bienaventurados sereis cuando los hombres por mi causa os aborrecieren y os apartaren de sí, y os ultrajaren»... (Luc. VI. 22.)

Espiritas, hermanos nuestros! Bueno es fundar círculos de estudio, y aún para recibir las comunicaciones de ultratumba con que el Padre Celestial se digne premiar nuestros esfuerzos; pero no olvidemos las dificultades anexas á esas comunicaciones. Los flúidos que circundan nuestro planeta formando su medio ambiente, todavía no son adecuados para armonizarse con los de los espíritus superiores; se requiere un *medium* de flúidos muy depurados para que aquella simpatía pueda establecerse, y las comunicaciones ser dignas de todo crédito. Hé aquí por qué son frecuentes las mistificaciones que impulsan al *medium*, víctima de la imaginacion exaltada, á tomar el dictado propio por ageno.

Por otra parte: ¿qué nuevos consejos, qué nuevas lecciones deseamos recibir de los espíritus despues de tanto bueno como han dictado? ¿practicamos por ventura todos sus consejos? Y si aun no se practican, si se miran con frialdad ¿á qué fin seguir pidiéndolos? Ya otra vez hemos hablado sobre lo peligroso de estas prácticas que debieran dejarse en manos de los hombres de ciencia, que de buena fé buscan para hallar la demostracion científica del fenómeno.

No se entienda que censuramos la existencia de los círculos de estudio y evocacion: al contrario, desearíamos que se fundára uno en cada casa, en cada familia. Lo que lamentamos sinceramente es, la inmovilidad, la inaccion en que languidecen, se extinguen los círculos que debieran ser centros de activo movimiento para la práctica de buenas obras; los círculos no son sino cimientos del suntuoso templo que debemos edificar á la virtud, para que el reino de Dios pueda venir cuanto ántes hácia nosotros.

Los círculos ó asociaciones que se circunscriben al estudio y la evocacion, llevan en sí el gérmen de muerte, que lleva toda obra humana que se estaciona: el *fastidio* se anuncia, los malos flúidos invaden á los concurrentes, las falsas comunicaciones se suceden, y de allí las mistificaciones, las alucinaciones, las obsesiones, el desaliento, y por último, la muerte de los círculos....

¡Oh, no! El espiritismo es eminentemente práctico, es activo por excelencia, y por ésto, despues de adquiridos por el estudio los conocimientos indispensables que infunden la FÉ POR CONVICCION, punto único de apoyo sobre que descansa esa numerosa palanca: *la fuerza de voluntad*, el grito unánime de todos los círculos é individuos debe ser: Á LA OBRA! AL TRABAJO! Á LA PRÁCTICA! Que en cada poblacion donde exista un círculo espírita por pequeño que fuere, se hagan notables los adelantos de la enseñanza, de las buenas costumbres, de los actos de humanidad y beneficencia.

Sí, espiritas, Á LA OBRA! En la sociedad, en el individuo, en la familia, en las cárceles ú hospitales, en el palacio del grande, en la choza del mendigo, encontrarémos por do quiera, á cada instante, lastimosísimos cuadros de llanto y de miseria que reclaman con urgencia nuestro auxilio; ellos son la fuente donde se satisface la sed de amor á Dios y al hombre que hemos adquirido en nuestro estudio. La Providencia, cuya voz se deja oir en el fondo de nuestra alma, nos llama al cultivo de su viña: quiere, que to-

memos parte en la grandiosa obra de redencion ¿despreciarémos el mandato? ¿huirémos cobardes ante las asperezas del camino? ¿No latirá nuestro corazon enternecido al contemplar el campo lleno de miserias y amarguras que la humanidad exibe en cada una de sus faces, ora grande, ora pequeñísima? ¿Permaneceremos frios ante los cuadros sublimes de amor y abnegacion que nos presentan los grandes reformadores que, por amor á la humanidad, derramaron su sangre en los patíbulos, ó dejaron sus cenizas en las hogueras encendidas por el fanatismo? ¿Nada dicen á nuestra alma los recuerdos de Sócrates, Jesus, Savonarola, Gerónimo de Praga, Juan Huss, Juana de Arco, y otros muchos redentores de la humanidad?

El retroceso, oprimido con la pureza de la moral que predicamos, irritado porque los destellos de la antorcha de la verdad que llevamos en la mano ponen de manifiesto ante el mundo, su soberbia, su negacion de caridad, la ilegitimidad de sus títulos, lleno de soberbia pretenderá desgarrar las fibras más delicadas de nuestro corazon atacándonos en nuestras más caras afecciones. Hoy no es posible quemarnos como herejes, pero en parte se halla moralmente esclavizada la mujer, y encendiéndose con ella la discordia en el hogar, se colocará, si hay una ocasion ante nuestros pasos, á una hija, esposa ó madre para obligarnos á retroceder ó bien á pasar sobre ellas... ¡Tormentos peores que los de la inquisicion, porque la paz doméstica tesoro es que no tiene precio, y preferibles son mil veces los suplicios del cuerpo, á las torturas del espíritu!

Pero si éstos séres tan queridos se prestan dóciles á interponerse á nuestro paso, cediendo inconscientes á las sugestiones de la malevolencia, pretendiendo ejercer un derecho de que carecen porque la intolerancia jamás podrá legitimar sus títulos, y ahogando la voz de la Naturaleza que es la de Dios, por obedecer á falsos ministros de caridad ó apóstoles de discordia; entónces reuniendo todas las fuerzas de nuestro espíritu, y teniendo ánte la vista el lúgubre cuadro de las infinitas víctimas de la ignorancia, de la inmoralidad y del error, á quienes *forzoso* es redimir, recordemos aquel bellísimo pasage de Jesus, cuando los fariseos queriendo evitar sus predicaciones enviaron hácia él á su madre y á sus hermanos, y digamos hoy como él entónces dijo:—«*¿Quién es mi madre y quienes mis hermanos?*—Y, cual ló hizo el mismo hácia sus discípulos, extendiendo nosotros la mano hácia aquellos huérfanos de ciencia y de virtud, digámos como él:

—«VED AQUI MI MADRE Y MIS HERMANOS!» Y dirigiéndonos luego á aquellos séres tan queridos, recordémosles lo que Jesus enseñó en aquella ocasion: «Todo aquel que hiciere la voluntad de mi padre que está en los Cielos, ese es mi hermano y madre.» (Math. XII 48 á 50.

El espiritismo no viene á combatir especialmente religion alguna, sino á difundir la luz de la verdad y á sembrar la semilla de la virtud. La venda de los errores caerá por sí sola de cada individuo, como resultado del estudio y la meditacion. No debe atacarse á nadie en sus creencias, sino cuando provoque, para instruirse, una discusion tranquila y de buena fé. Si sus principios están en pugna con los dogmas de algunas religiones, culpa no es del espiritismo sino de los hombres que han querido divinizar el error y santificar las pasiones encubriéndolas con el manto de la religion.

El espiritismo trae la union, la armonía, no la division ni la discordia. Viene á empuñar el estandarte de Jesus destrozado por el sectarismo que, ha convertido ese iris de paz y de bonanza en símbolo de guerra y anarquia, derramado la sangre de hermanos á torrentes, quemado hombres, ahogado la libertad erigiendo tronos á la tiranía, encadenando la conciencia, difundiendo entre las sencillas gentes el espanto y el terror, sembrando á su paso la ignorancia y las pasiones, y vendiendo la salvacion á precio de oro. ¡Aun hoy dia sirve para herir las más caras afecciones desuniendo á las familias!

Bajo sus girones se han cobijado sectas llenas de soberbia y ambicion, que por intereses materiales lanzan almas al infierno, y se anatematizan y se detestan las unas á las otras invocando el nombre del Señor. ¿Esto es cristiano?

Queridos hermanos, empuñemos de nuevo aquel precioso estandarte, sacándolo de entre las malezas que los hombres han amontonado encima de él. Coloquémoslo alto, sí, muy alto, para que ondeando á la vista de todos los pueblos y llamando la atencion de todos los hombres; se decidan á unirse para inscribir otra vez en él la palabra CARIDAD borrado por el sectarismo. El será el moderno LÁBARO con el cual seremos invencibles en nuestra actual jornada.

Adoptemos por lema VALOR Y ABNEGACION, é invitemos á los hombres de buena voluntad á venir hácia nosotros, nó para adoptar

nuestra creencia si no les place; sí para formar todos una falange poderosa de obreros decididos, que se lancen á la obra del progreso de la humanidad para redimirla de las garras de la ignorancia difundiendo por do quiera la ilustracion y la virtud, obrando más que hablando, con hechos más que con palabras. Y si entónces la paz de nuestra alma se refleja en nuestros actos, será el iman poderoso que atraerá en nuestro derredor á los hombres progresistas, para seguir gustosos nuestras huellas por el camino del bien.

Á la obra pues todos! Allí está el campo, *la humanidad*, que por todas partes nos rodea; allí está el camino: *la ciencia y la virtud;* allí la antorcha para iluminarnos *el amor á Dios y al prógimo*. Nuestro modelo *Jesus*, nuestro estandarte *la caridad*, nuestro invulnerable escudo *la fé por conviccion*. ¡A la obra, pues, hombres progresistas! Sembremos en todos los corazones la virtud, ilustremos las inteligencias; suministremos el pan del alma con el libro, el periódico, la escuela, la tribuna sin detenernos ni un instante, empleando todo ó parte de nuestro tiempo, de nuestro sudor, de nuestros recursos.

Círculos espiritas, sociedades progresistas ¡Á LA OBRA! El periódo de accion ha comenzado. Leed para fortificaros las sublimes inspiraciones de la sábia y sentida comunicacion del espiritu Allan Kardec, inserta bajo el núm. 30 en las páginas de la inolvidable obra «*Roma y el Evangelio*» y despues de meditarla mucho tomad la resolucion de lanzaros definitivamente á la práctica del bien en el seno de la humanidad, que es el teatro de nuestros triunfos; contemplad esos cuadros lastimosos, productos de la ignorancia y la inmoralidad que contristan diariamente nuestra alma; ved cuá se rebulle la criatura humana entre el seno de los vicios; ved los males sin cuento que abortan las pasiones; ¿permaneceremos indiferentes? Mas valiera entónces despojarnos de la blanca vestidura del espiritismo, y revestirnos otra vez con los andrajos del ropaje antiguo que lanzamos á lo léjos; así al ménos serémos consecuentes con nosotros mismos y armonizaremos nuestros hechos con nuestros dichos......

Pero no! ¿Verdad que no hareis tal? De ello estamos seguros; por el contrario, cobrareis nuevos bríos, concentrareis vuestras fuerzas, para inspiraros una vez más en lo grande y sublime de nuestra creencia y entónces, os lanzareis decididos A LA OBRA! La

instruccion pública, la beneficencia, todos los resortes que impulsan el bien serán tocados por vosotros, y pronto recojereis abundantes cosechas de vuestras faenas, y los pueblos os bendecirán agradecidos, y *la Redencion* tomando una faz de verdadera actividad llegará á ser un hecho.

El pequeño y humilde CÍRCULO PERALTA se regocijará siguiendo vuestras huellas y os promete emplear cuantos esfuerzos pueda para no quedarse atrás en la gloriosa faena; él recojerá las flores que regueis por el camino, para hacer sentir á todos su fragancia. Pero todo este movimiento debe hacerse sin aparato, sin ostentacion, ni menos al eco de trompetas que pregonen por el mundo nuestra fama, nuestros hechos.

Entonces, por último, vigilando y orando en nuestras buenas obras, asistiremos enchido el corazon de júbilo, á elevar himnos de gratitud al Todo Poderoso en la primera mañana del grandioso dia del reinado del amor sobre la tierra, contemplando ufanos elevarse majestuoso sobre nuestro horizonte el magnífico sol de la verdad.

Y para que pronto, cuanto antes, llegue tan deseado dia, solo hay un medio espiritas, hombres progresistas: *el trabajo, la ciencia y la virtud*

¡VIGILEMOS Y OBREMOS!

EL CÍRCULO PERALTA.

# ELLA Y EL.

(CONCLUSION.)

## IV.

Diez años despues visitamos á Barcelona donde como en todas partes pululan los mendigos: durante estos diez años hemos viajado bastante, y dejamos á la consideracion de nuestros lectores los pordioseros que habremos visto: pues bien, ninguno de ellos nos ha impresionado, los hemos dejado pasar considerándolos como escrófulas de la sociedad, cuando una noche cruzando la rambla de San José vimos á un hombre parado cerca de un kiosco, vestia pantalon y un gaban largo de un color parduzco y sombrero hon-

go, cubrian sus ojos gafas negras, su rostro sombrio parecia querer evitar las miradas de la gente pues tenia clavada la barba en el pecho, y su brazo derecho estaba estendido con la mano abierta diciendo con su ademan: tengo hambre.

Lo miramos, y sin darnos cuenta sentimos frio en el alma, y nuestro pensamiento, salvando la distancia de los años, volvió á ver la calle de Preciados y la misteriosa mendiga que cantaba tristemente: vimos al niño mundo y la casa donde durmió aquella infeliz, y por último la vimos agonizando atada como los criminales; y de toda aquella desventura, de todo aquel dolor tan espantoso creiamos que el ciego que teniamos delante era el autor.

¿Por qué lo creiamos? no lo sabemos; únicamente podemos asegurar que lo hemos visto varias veces, y siempre, siempre hemos pensado en seguida, instantáneamente, en aquella pobre muger.

¿Qué lazo los ha unido? ¡quién sabe!... pero estamos seguros que estos dos séres han estado juntos algunas horas en este mundo. A ella la vemos jóven, rica y adorada, si; la vemos, la vemos claramente; despues la figura de él, se delinea en lontananza fuerte y poderosa, las brumas envuelven aquel cuadro, se disipan las nieblas y aparecen de nuevo ella y él implorando la una con su canto, y el otro con su silencio, la caridad pública.

Tan arraigada está en nosotros esta creencia que nos ha costado sumo trabajo contenernos para no decirle al oido al mendigo ciego:

¿Qué has hecho de aquella muger que por ti moriria dudando que existia Dios?

V.

Nada hay fantástico ni ilusorio, todo tiene su razon de ser: por esto estamos bien convencidos que la union que nosotros hemos hecho de aquella muger y de este hombre, es un suceso realizado. Tenemos á veces una doble vista de la que no nos damos cuenta, porque nuestros conocimientos son limitadisimos en todo; pero confiamos que bien por la comunicacion ultra terrena, ora cuando dejemos este mundo, sabremos el por qué, el mendigo ciego nos hizo recordar á la aristocrática pordiosera.

Quién sabe si el espiritu de ella iba con nosotros cuando lo vimos á él, y el mismo espíritu nos dijo: ese fué mi verdugo.

Está tan íntimamente ligado el mundo invisible con nuestro mundo, que nuestras intuiciones y nuestros presentimientos no son

otra cosa que avisos de nuestros hermanos de ultratumba que sostienen con nosotros un eterno diálogo incomprensible para la generalidad, pero para los espiritistas no es idioma extrangero la voz de los espíritus.

Nuestro corazon la siente.

Nuestra mente la comprende, y nuestro oido la percibe tan distintamente como las voces de la tierra.

Sí; nosotros las entendemos en nuestra pacífica locura, escuchamos revelaciones misteriosas; que nos cuentan historias ignoradas, por esto confiamos conocer el prólogo de estas dos existencias terrestres cuyo epílogo ha sido tan triste.

Por que si bien no hay castigo sin delito siempre debemos compadecer á los desgraciados, que harta desgracia tienen con haber sido criminales.

Roguemos, roguemos por los mártires, aunque estos antes fueran verdugos: porque á los séres culpables ni en el sólio ni en el cadalso los debemos abandonar.

Roguemos siempre por los estacionarios, porque todos aquellos que no progresan son los mendigos del universo.

Ya vistan púrpura, ya humilde lino, roguemos; sí, roguemos por ellos que como dice Allan-Kardec en el libro de los *espíritus:*

«La oracion no puede producir el efecto de cambiar los designios de Dios; pero el alma por la cual se ora, experimenta alivio; porque la oracion es una prueba del interés que se le dá, y el desgraciado se siente aliviado siempre que haya almas caritativas que compadecen sus dolores. Por otra parte, por medio de la oracion, se le excita al arrepentimiento y al deseo de hacer aquello que es necesario para ser feliz, en este sentido es como puede abreviarse su pena, si á su vez secunda con su buena voluntad.

El deseo de mejorarse excitado por la oracion, atrae al espíritu que sufre, espíritus mejores que vienen á ilustrarle, á consolarle y á darle esperanza. Jesus oraba por las ovejas descarriadas, y os enseña de este modo que seriais culpables, si no lo hiciéseis por aquellos que más lo necesitan.»

Despues de lo que dice Allan-Kardec, ¿qué podremos añadir nosotros? solo diremos:

¡Espiritistas! sigamos el ejemplo de Jesus.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

Gracia.

## LA ILUSTRACION DE LA INFANCIA.

El número 41 de esta interesante Revista, correspondiente al 8 de Noviembre, trata de las materias que indica el siguiente

SUMARIO.—*Grabados*.—El Cardenal Cisneros.—La Muñeca. —La infancia de los grandes hombres.—Dibujos para bordados.

*Texto*.—El Cardenal Cisneros, por D. C.—El Tabaco, por Don M. Portillo.—El Ruiseñor, cuento, por D. Nicolás Diaz y Perez. —La Muñeca (continuacion).—La infancia de los grandes hombres, por D. C. M.—La célebre higuera de Adan (conclusion) por D. Vicente Jimeno Burguet.—Las mujeres puras, poesia, por Don Jaime Clark.—El muchacho y la vela, por D. Juan Eugenio Hartzembusch.—Seccion de labores.—Charada.—Solucion.

Se suscribe á esta Revista en Madrid, calle de Silva, núm. 12. Se publica cuatro veces al mes, y cuesta SEIS REALES TRIMESTRE, en toda España.

## ANUNCIO.

CARTAS Á MI HIJA. POR D. JOSÉ AMIGÓ PELLICER.—Respondiendo á los deseos manifestados por gran número de nuestros suscritores, el autor de «*Cartas á mi Hija*» ha resuelto publicarlas. Hacerlo en las columnas de «El Buen sentido» seria obra de mucho tiempo y cercenar el espacio que necesitan las materias que han de ser tratadas en la Revista. A fin de obviar estos inconvenientes, las *Cartas á mi Hija* se publicarán por separado en entregas de *diez y seis* páginas, del tamaño y papel de «El Buen Sentido,» con su correspondiente cubierta de color. El número de entregas no bajará de treinta ni pasará de cuarenta. El precio de cada entrega será el de UN REAL en España y en las posesiones españolas de Ultramar. A los que tomen más de veinte suscriciones se les hará una rebaja de un 25 por 100, y de un 30 por 100 á los que se suscriban por cien ó más ejemplares.

Las personas que deseen suscribirse se servirán manifestarlo á la Administracion de «El Buen Sentido,» indicando el número de ejemplares que haya de remitírseles; pues la tirada se ajustará al número de suscriciones hechas. Si estas no llegasen á *cuatrocientas*,

no pasaría adelante la publicacion, en razon á que el autor no cuenta con los recursos materiales necesarios para llevarla á efecto. Si se reunen las cuatrocientas suscriciones, las entregas se publicarán con regularidad de tres á seis entregas cada mes.

El libro *Cartas á mi Hija* será un tratado fundamental completo de Religion, una obra eminentemente educativa, inspirada en el propósito de combatir las preocupaciones religiosas que nos han legado los pasados siglos y contribuir al establecimiento de la fé racional, la única que puede regenerar las sociedades humanas. El padre de familia podrá ponerlo en manos de sus hijos, seguro de que la moral más pura, la moral del Evangelio, brillará en todas sus paginas. Por cada mujer que lo lea habrá una víctima y un auxiliar ménos del fanatismo y del comercio religioso y un nuevo campeon de la Religion del porvenir, cuyos resplandores se vislumbran ya en el horizonte. Es preciso salvar de sus preocupaciones á la mujer: miéntras ella sea dócil instrumento de las maquinaciones farisáicas, el progreso tropezará con grandes dificultades.

Confiamos que nuestros abonados y amigos, así como los Centros, Círculos y Revistas de propaganda cristiana, facilitarán con sus suscriciones la publicacion del libro con cuyo título encabezamos estas líneas. Si tienen á bien reproducirlas las expresadas Revistas, con lo cual no harán sino cooperar á la propagacion del racionalismo cristiano, tendremos para ellas un motivo más de afectuosa gratitud.

## ADMINISTRACION.-CORRESPONDENCIA.

### Renovaciones de 1877.

| | | | |
|---|---|---|---|
| M. B. . . . | Huelva. | Recibido | 24 reales. |
| T. C. . . . | Úbeda. | » | 24 » |
| A. C. . . . | Jerez. | » | 24 » |
| J. M. C. . . | Cádiz. | » | 12 » |
| J. C. y D. . | » | » | 12 » |
| M. L. P. . . | Úbeda. | » | 24 » |

Juan B. Cano.

SEVILLA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JOSÉ M. ARIZA,
Génova 48, y Duende 4